



EL ECO DE ALMANSA



SEMANARIO INDEPENDIENTE

DEFENSOR DE LOS INTERESES DEL PUEBLO

Redacción y Administración, Pasaie del Coronel Arteaga.—Teléfono, 17

Director: Florentino Villena Ruiz

Fundador: Antonio Molina Quintero

Suscripción: fuera, trimestre, 1'75 ptas.—Pago anticipado

RINCONES DE ALMANSA



Centurias destructoras pusieron en la efigie de ese bello rincón manchego un gesto de añoranzas que cual sudario de años cubre con su sonrisa eterna lo que fué en otro tiempo grandeza y poderío; grandeza, en ese fiel reflejo de un palacio condal que encierra en su seno la sangre de cien héroes que labraron con gloria las piedras de sus escudos y blasones; poderío, en esa triste mueca del castillo feudal que, altivo y arrogante, con gesto de águila, peina los mechones de sus toscos picachos en el azul que el mismo desafía... En la esmeralda de su suelo parece percibirse en las noches de estío en que la Luna enjabelga las casitas blancas del pueblo que él vigila, cuando deposita en sus decrepitas almenas soles y sombras como negrísimo manchones de tinta china, entonces parece como si una legión de caballeros montados en corceles briosos, al ruido de trompetas y clarines, cruzara la verde alfombra que ahoga bajo ella las chispas que al chocar con las piedras lanzaron como zafiros los cascos de cien mil caballos...

...y cuando ahora los mozos en sus serenatas de las noches bellas arrancan sollozos a las guitarras y melodías a los laúdes poniendo girones de alma en sus liras divinas, parece como el eco de leyendas legendarias en que las lindas princesitas reales esparaban con afán al trovador que ha de llevar en alas de las trovas la felicidad de que están sedientos sus espíritus de gráciles muñecas.

A. M. PLAZA

Problemas locales

EGOISMOS

La gente nos tacha muchas veces de egoistas. La gente se equivoca. La gente no sabe lo que dice... Nuestros actos, alguna vez, son hijos del egoismo. Pero egoistas, rotundamente, exclusivamente egoistas, no lo somos. Y lo que puede ser una paradoja, es una formidable verdad. Si fuéramos egoistas por entero, seríamos más caritativos; más humanos, más compasivos... El que piensa mucho en sí mismo, por refracción, por reflejo, tiene necesariamente que pensar en los demás. Y si al pensar en los demás vemos que la desgracia, la ruina, el agotamiento, la tristeza y el desamparo se adueñan de sus cuerpos y reinan en sus espíritus, traemos inmediatamente a nosotros el caso determinado en aquella parte, porque todos aquellos males, todas aquellas desdichas, pueden ser nuestras alguna vez y herir nuestro propio corazón. Y entonces es cuando debemos ser egoistas y evitar los dolores y los males de los demás, porque así alejamos los nuestros... Si esto es verdad ¿porqué no pensamos más seriamente, porqué no somos perfectamente egoistas con nuestro pobre. ASILO DE ANCIANOS? ¿Porqué no nos cuidamos de él, con esmero, con amor, con cariño...? Porqué no destinamos nuestro grano de arena individual—que sería montaña si todos nos diéramos la mano—para que esa Casa sea lo que debe ser?

Pensamos tan poco en nosotros mismos, que olvidamos que esa Casa puede ser nuestra Casa, ¿Quién puede tener el bienestar y la seguridad del buen vivir sujeto a su capricho? Si es locura no pensar en ese otro más allá que separa la vida de la muerte, locura es también no pensar que, acaso, por no ser previsores hoy, por no ser absolutamente egoistas, no tengamos, cuando la nieve de los años sea plata en nuestras cabezas, un rin

cón para que nuestro pobre cuerpo descansase y un rayo de sol tibio, que bese nuestra frente.

Debemos contribuir todos a esta Casa. No por los que allí están, sino por nosotros.

Y que cuando de vuelta de nuestro paseo pasemos frente a ella, pensemos que algún día hemos de ocupar un cuarto allí. Porque el Destino, que no distingue de categorías, ni de abolengos, ni de riquezas, nos ha llevado a aquel recinto, lleno de paz, de silencio, de quietud, de sol...

Hoy se están haciendo algunas obras en la casa. Nadie, absolutamente nadie va por allí... Es cosa, por lo visto, que no interesa... ¡Pobres de nosotros...!

PLUMA DE MUJER

La Cartera de una Feminista

Rindiendo culto a mi tal vez exagerada costumbre, de no llegar tarde a ningún sitio, estaba en la estación de Badalona mucho antes de la hora señalada para la salida del tren y sentada en uno de los bancos, del andén procuraba distraerme de tan larga espera, observando el constante ir y venir de los viajeros, cuando de uno de los trenes ascendentes ví aparecer una pareja que llamó poderosamente mi atención; vestía ella con la sobria sencillez que la moda actual impone un ligero abrigo color arena, y tocaba su cabecita con un flexible fieltro del mismo color, completando el conjunto guantes y calzado «marrón» y una enorme cartera de igual tono que sostenía con el brazo. Con cariñoso abandono se apoyaba en el de su compañero y en sus grandes y negros ojos leíase la seguridad de sentirse bien protegida al contacto de aquel brazo fuerte y varonil, de aquel hombre de arrogante figura, del que emanaba como un aura de calma y energía, de fuerza acumulada, de habilidad y talento para vencer siempre el destino. En su ambiente de suaves facciones, destacaban unos ojos luminosos de mirada firme, reveladores de equilibrio perfecto, que al posarse en ella, adquirían irrisaciones más claras, reflejando una ternura infinita.

Con paso firme y decidido iban aproximándose y cuál no sería mi sorpresa al ver que la simpática desconocida, avanza emocionada, confundiendo en fuerte y prolongado abrazo. Hasia que oí su argentada voz, no me di cuenta de que tenía ante mí a mi buena Nuria, a mi inseparable amiga de otros tiempos, a quien hace mucho no veía, teniendo nos en aparente olvido las exigencias de la vida.

Tras breve y animada conversación, pidió permiso su esposo para

AIRES MURCIANOS

Lo e siempre

- Aonde va la zagala tan maja y tan peripuesta?
 —Voy pa Murcia, tío Juan, es la Virgen y voy a la fiesta.
 —Y vas sola, muchacha, sin mieo a una peripeicia?
 —Está Antonio en la cieca aguardando, no pase usté pena.
 —Ten pacencia, mujer, no t'apures que pué ser que güelva...
 —Ya no güelva, tío Juan; va pa un año que se jué a la fiesta.
 M'había dicho que Rita y su madre habían dio por ella.
 Luego supe que tó era mentira, que tó eran pamemas, que Antonio el de Churra lá estaba aguardando a orilla e la cieca.
 El tío Juan se calla bajando los ojos, porque le dá pena icirle a la madre de aquella zagala lo que sabe d'ella.
 Y por eso, ca vez que le habla, baja la cabeza, y le dice: Mujer, no t'apures que pué ser que güelva.

JULIO SÁNCHEZ MORENO

retirarse unos momentos, quizás para dejarnos en mayor libertad, aunque pretextando debía informarse de una reclamación que en dicha estación tiene pendiente, y los aprovechamos en encantadora charla en mil preguntas hijas de la buena amistad que nos une, nacida a impulsos del corazón, sin que egoísmos ni envidias mezclen en ella sus miserias.

—Soy muy dichosa—me decía— ¡vale tanto mi Eduardo! ¡nos sentimos tan compenetrados...! ¡Es tan bueno, tan inteligente, tan fuerte para luchar en la vida, tan hombre para afrontarla, tan animoso para vivirla... y... me quiere tanto!

Yo escuchaba complacida los merecidos elogios, que cual rosas encendidas de pasión iban brotando de sus labios de mujer enamorada, pero mis ojos por una inexplicable sugestión, no podían apartarse de la enorme cartera de piel «marrón» que aun sostenía con el brazo y que por lo exagerado de sus dimensiones parecía de gusto dudoso.

—¿Te llama la atención mi cartera verdad? Sin duda sondrás que llevo en ella un estuche completo de ficción belleza... Pues vas a ver lo que contiene.

Y oprimiendo el metálico broche

aparecieron ante mis atónitos ojos un buen número de cartas comerciales.

—Ya ves—me dijo—esta es la correspondencia que pienso contestar esta noche; Eduardo tiene un pedido importante que ha de servir en breve, ello obliga a que la fabriquita (tan pequeña es que hay que nombrarla en diminutivo) trabaje día y noche; como los tiempos son difíciles, después de estar todo el día en su despacho, hace las veces de contramaestre en el primer turno de la noche y yo, cumplidas ya las obligaciones hogareñas del día le acompaño y ayudo, aprovechando estas horas en despaucharle la correspondencia y a las doce regresamos a nuestra casita satisfechos de la vida, comentando los incidentes del día, llevando en nuestra alma la fé inquebrantable de nuestro cariño y el optimismo de un risueño porvenir.

Un estridente silbido interrumpió nuestra deliciosa confidencia. El tren, mi tren, que había ya olvidado, entró en el andén pitando triunfador, empuñándose de humo, rugiendo impetuoso, impaciente por seguir devorando kilómetros...

Mis manos, como queriendo patenestizar aun tiempo lo que me complacía